
a 00003 467974



ACTO II ESCENA IX.

ESTELA
Ó
EL PADRE Y LA HIJA.

COMEDIA EN DOS ACTOS, TRADUCIDA DE LA QUE CON IGUAL TITULO ESCRIBIO EN FRANCES EL CÉLEBRE

EUGENIO SCRIBE,

POR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

PERSONAS.

MR. DE SOLIÑI, *militar retirado y comerciante.*
RAIMUNDO DE BUSIERES, *oficial de marina.*
MR. FUMICHON, *escribano de Pau.*
ESTELA, *hija de Mr. Soliñi.*
RENAUD, *criado.*

La escena pasa en un castillo de Mr. de Soliñi, situado en los Bajos Pirineos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala antigua desde cuyas ventanas se divisarán las murallas y torres del castillo. Puerta en el fondo. Dos puertas laterales. A la derecha una mesa con recado de escribir. Enfrente un bufete embutido en la pared. En el mismo lado un camapé.

ESCENA PRIMERA.

RAIMUNDO, RENAUD.

(Entran por la puerta del fondo.)

RAIMUNDO.

Qué, no podré verle?

RENAUD.

No señor.

RAIMUNDO.

Dile que un joven oficial de marina desea hablarle.

RENAUD.

Es imposible, caballero, mi amo no recibe á nadie.

RAIMUNDO.

De esa manera, (aunque no me sobra mucho tiempo) volveré mas tarde.

RENAUD.

Mas tarde sucederá lo mismo: ni los forasteros ni los del pueblo entran jamas en este castillo: mi amo no gusta de visitas... Quiere siempre estar solo sin mas compañia que su hija.

RAIMUNDO.

Es cosa rara!

RENAUD.

La única persona á quien suele hablar es á mí, si por casualidad me encuentra en el parque, ó á su ayuda de cámara; con que haceos cargo; yo soy de la casa y nunca le hablo palabra. Pero lo que mas me sorprende es el cómo habeis podido penetrar hasta este recinto.

RAIMUNDO.

Estaba echado el puente levadizo... y he entrado hasta aqui sin encontrar á nadie.

RENAUD.

Si mi amo lo llega á saber despide inmediatamente al conserge, y eso que hace tantos años que le tiene en casa.

RAIMUNDO.

Pero quién es ese que se acerca aqui? Es tu amo?

RENAUD.

No por cierto. Otro forastero. Cuidado que en dos años que hace que estoy en este castillo, nunca he visto tanta gente.

ESCENA II.

Los mismos y FUMICHON.

FUMICHON.

Por fin, ya he encontrado una persona con quien hablar. *(A Raimundo.)* Celebro infinito hallar aqui un joven militar... Esto me anima... porque la vista de este antiguo castillo, situado al pie de los Pirineos, con sus fosos, almenas, puentes levadizos... y ni un alma viviente...

RENAUD.

Pues qué, no habeis encontrado á Miguel el conserge?

FUMICHON.

No he visto ni siquiera un alma en esta soledad... Y canario! que no he hecho profesion de valiente.. *(Se oye un tiro.)* Qué es esto? Amigos mios, estamos aqui seguros?

RAIMUNDO.

No temais nada, caballero.

RENAUD.

Será Miguel que habrá visto algun javalí, y como si lo viera, no ha podido resistir á la tentacion de tirarle.

FUMICHON. *(A Raimundo.)*

Tendreis la bondad, amigo mio, de anunciarme al dueño de este castillo?

RAIMUNDO.

A mala parte os dirigis, caballero, pues yo tengo que comunicarle un negocio muy importante, y no se como podré conseguirlo. A nadie recibe.

FUMICHON.

No hay mas inconveniente que ese? Pues yo os prometo que le hablareis. *(A Renaud.)* Anúnciame á tu amo, ó á su hija lo señorita Estela.

RENAUD.

Se me ha prohibido. Se ha negado á recibir al general y al prefecto, y como estoy cierto que vos no sois ni general ni prefecto...

FUMICHON.

Voto va, que soy mas que todos esos, y si no quieres que te despidan, inmediatamente ve á llevarle esta targeta.. Al leer este nombre, cerrojos, trampas, puertas secretas, todo se abrirá como por encanto.

RENAUD. *(Asombrado.)*

Dios mio! Quién será este hombre?

FUMICHON. *(Leyendo la tarjeta.)*

Fumichon, notario.

RENAUD.

Quién decis, señor?

FUMICHON. *(Con aire de importancia.)*

Notario de S. M. Piensa en lo que te he dicho, y vuelve pronto.

RENAUD. *(Con respeto.)*

Si señor, allá voy, no os impacienteis porque la habitacion de mi amo está situada al estremo del parque, y se necesita tiempo..

Se va por el fondo.

ESCENA III.

RAIMUNDO, FUMICHON.

RAIMUNDO.

Con qué sois notario?

FUMICHON.

De la villa de Pau, situada á doce leguas de este castillo... Habeis estado allí alguna vez?

RAIMUNDO.

No señor.

FUMICHON.

Lo siento á fé mia, tiene vistas magníficas: se descubren los Pirineos, el Gave y las faldas del Juranson: hay un vino esquisito que celebraria poder ofreceros si tuviese la honra de que favorecieseis mi casa.... Y si desde este momento os puedo ser útil en alguna cosa...

RAIMUNDO.

Sois muy amable, y lo prueba el ofrecimiento que haceis á un desconocido.

FUMICHON.

No lo sois para mí desde el momento que he visto esa charretera. Tendreis ya veinte años.

RAIMUNDO.

Esa es mi edad, poco mas ó menos.

FUMICHON.

Tambien tengo yo un hijo de diez y ocho años, oficial de dragones: me muero por los jóvenes militares... asi es, que cuando encuentro alguno, sin informarme de su nombre, me decido á protegerle...

RAIMUNDO.

Es posible?

FUMICHON.

Sí por cierto, le sirvo con gusto haciéndome cargo que mi hijo se verá algun dia en el mismo caso, y agradeceré que le protejan.

RAIMUNDO.

Qué bondad!

FUMICHON.

Siempre he tenido una aficion á la juventud! Sino, preguntádselo á Enrique. Hace de mí todo lo que quiere. Mi muger, que es algo beata, le criaba con un rigor que no venia al caso... yo no queria contradecirla porque soy buen marido; pero en cambio, consentia en todos los caprichos de Enrique, con el objeto de mantener un poco el equilibrio... Ibamos pasando de esta manera muy bien, ó por mejor decir, muy mal, hasta que llegó la época de dedicarle á alguna facultad. Mi muger queria que fuese á la universidad, y yo insistia en que debia seguir la curia. Mientras ambos disputábamos con igual tenacidad si debia ser notario ó cura, puso Enrique fin á la contienda, solicitando una plaza de teniente en el regimiento de caballeria de Dragones.

RAIMUNDO.

Sin vuestro consentimiento?

FUMICHON.

Nos le pidió despues. Pero ca!... es todo un militar... bebe, fuma, se bate por cualquier cosa, y sobre todo, tiene un escelente corazon... me quiere mucho... Al pasar esta mañana por Bañeras, en donde se halla su regimiento de guarnicion, quise abrazarle; pero no me fue posible porque estaba arrestado. Dicen que anoche en el teatro tuvo un desafio...

RAIMUNDO.

Por qué causa?

FUMICHON.

La causa fui yo... justamente en la pieza que se representaba, figuraba un notario, un escribanó ridículo, personage de los que ahora acostúmbran poner en todas las comedias, y él, ya se ve, por amor á su padre, no permitió que se concluyese la pieza sin silvidos, patadas, etc., de lo que resultó un desafio... Lo que siento es no haberle podido reñir como quisiera; me aguardaba con impaciencia el dueño de este castillo, á quien hace mas de dos años que no he visto.

RAIMUNDO.

Es amigo vuestro el señor de Soliñi?

FUMICHON.

Intimo... le conocí muy jóven... Ha sido militar en tiempo del imperio... oficial del estado mayor á los veinte y cinco años de edad... despues de la restauracion se retiró, y dedicado desde aquella época á las especulaciones mercantiles, jamas ha concluido un negocio sin consultarme.

RAIMUNDO.

Os ruego, señor de Fumichon, interpongais vuestro influjo en mi favor.

FUMICHON.

Os lo prometo. Repito lo que os dije hace poco. En mí tendreis un protector; pero alguien se acerca...

RAIMUNDO. (*Turbado.*)

Ah! Dios mio!.. si será!...

FUMICHON.

Parece que teneis miedo... Miedo un marino!... (*Tomándole la mano, y mirando á la puerta de la izquierda.*) Tranquilizaos... es su hija... Por qué temblais de esa manera?

:

ESCENA IV.

RAIMUNDO, FUMICHON y ESTELA.

(*Estela entra por la puerta de la izquierda.*)

ESTELA.

Será cierto? Gente en este castillo? (*A Fumichon.*) Sois vos, caballero? (*Aproximándose y viendo á Raimundo.*) Dios mio! Raimundo!

FUMICHON.

Os conoceis?

RAIMUNDO. (*Turbado.*)

Sí, seguro.

FUMICHON.

Y yo, bestia de mí que iba á presentaros! (*Sonriéndose.*) Yo soy quien os va á pedir esa gracia.

ESTELA.

Vos! el amigo de mi padre, y de consiguiente el amo!... porque no ignorais que os hemos querido mucho.

FUMICHON.

Teneis razon... soy partidario de la juventud, y hago causa comun con ella, Nosotros los viejos, no tenemos ya otros medios de rejuvenecernos... Pero dispensadme, mi nuevo aliado, dispensadme que os haga una pregunta. ¿De qué medio os habeis valido para introduciros hasta aqui?

ESTELA.

Hace ya tiempo que nos conocemos.

FUMICHON.

De veras?

RAIMUNDO.

Desde nuestra infancia... cuando Soliñi hizo su primer viage.

ESTELA.

Mi madre me habia llevado á Paris para cultivar mi educacion, pues entonces tenia yo doce años.

RAIMUNDO.

Mi padre, compañero de armas de Soliñi, me presentó á estas señoras, y tenia el gusto de verlas casi todos los dias... pero bien pronto trascurrieron cinco años, y la señorita Estela...

FUMICHON.

Se hizo una arrogante muchacha, y pardiez que su presencia no era para asustaros.

RAIMUNDO.

Sí señor.

FUMICHON.

Qué es lo que decis?

RAIMUNDO.

Estela era rica... y yo no poseia nada. Determiné, pues, sin participar á nadie mis proyectos, darme á la vela, resuelto á no volver á este pais sino de almirante, ó de morir en un combate.

ESTELA.

Dios mio!

RAIMUNDO.

Aun no soy mas que teniente, que es todo lo que he podido ascender en Navarino, y mañana me embarcaré para un viage mas largo.

ESTELA.

Será posible!

RAIMUNDO.

Pero antes (este es el objeto de mi venida) he pensado que esta charretera acaso me daria el derecho de decir á vuestro padre: "Caballero, concededme dos años, tres, y durante este tiempo mi conducta será tal, que si no muero, os aseguro me haré digno de la mano de vuestra hija."

ESTELA.

Raimundo!

RAIMUNDO.

Sí, encantadora Estela, únicamente os pido que no me olvideis.

ESTELA.

Ah! jamas.

FUMICHON.

Qué escucho? Pero, hijos mios, si esto es cierto, no adivino el capricho de Raimundo de ser precisamente almirante; me parece que para llegar á un puesto tan elevado, se necesita algun tiempo; ademas, yo conozco la influencia que tiene Estela sobre su padre, y estoy seguro que con sola una palabra que le diga...

ESTELA.

En otro tiempo era asi; pero de dos años á esta parte ha cambiado enteramente. (*Poniéndose enmedio de ellos, y despues de una pausa dice.*) Ese padre que habeis conocido tan alegre, tan jovial, de repente se ha vuelto sombrio y misantropo.

FUMICHON.

Si será esa la razon por lo que hacia tanto tiempo que no me escribia?

RAIMUNDO.

Pero de dónde dimana tan profunda tristeza? Acaso la muerte de su esposa?

FUMICHON.

No lo creo, pues ya hacia mas de tres años que la habia perdido. Ya no existia cuando volvió de su último viage, y en verdad que lo soportó con resignacion y filosofia... la filosofia de la viudez...

RAIMUNDO.

Habrá esperimentado, quizás, algun reves de la fortuna?

FUMICHON.

Ni por pienso, si ha vuelto con un inmenso capital. No, amigo mio, otra pena mayor le aflije, y estoy segurísimo de que nadie sino Estela es capaz de precisarle á que lo revele.

ESTELA.

Sí, pero yo no me atrevo á hablarle: me inspira un temor!

FUMICHON.

Pero hasta tal punto ha cambiado?

ESTELA.

No ignorais el estremado cariño que me profesaba, vos habeis sido testigo de ello.

FUMICHON.

Canario! si ya rayaba en adoracion; era por de mas; en fin, á mí me regañaba por mimar á mi hijo Enrique; pero yo á su lado era un tirano; un tirano doméstico.

ESTELA.

Despues de la muerte de mi madre, no os podeis figurar la ternura y cariño que me manifestaba. Jamas se separaba un momento de mi lado, era su único pensamiento. Cuando me veia sonreir, me abrazaba, la menor incomodidad que esperimentaba, le aflijia y le desesperaba; y cuántas veces al despertarme, le veia á la cabecera de mi cama contemplando mi sueño. Era la mas feliz de todas las hijas... cuando me hablaba de casamiento, yo le contestaba ..: « Aun no es tiempo. » Porque, Raimundo, siempre... siempre pensaba en vos!... A pesar de que nunca me lo habiais dicho, tenia presentimientos de que me amabais, y esperaba que algun dia...

RAIMUNDO.

Ah! qué feliz soy!

ESTELA.

En cuanto á mi padre, nunca preferia mas que estas espresiones: « Eres dueña absoluta de tu voluntad... cuando quieras... hija mia y con quien quieras.»

FUMICHON.

Ya me lo esperaba yo, reconozco á mi amigo.

ESTELA.

Pero hace poco mas de dos años, en París estábamos... Un dia que tenia un negocio muy urgente, y que no podia acompañarme, exijió que fuera á una brillante sociedad que habia aquella noche. Lo queria, le obedecí, pero no permanecí mucho tiempo. Volví temprano á casa, y antes de recogerme, me dirijí á la habitacion de mi padre. No dormia, y habia luz en su cuarto. Abro con cuidado la puerta... jamas se me apartará de la memoria el espectáculo que se me ofreció á la vista. Estaba al lado del fuego, pero pálido como la muerte, la vista fija, las facciones contraidas y descompuestas. Lanzo un grito, corro hácia él, y lo estrecho en mis brazos: lo creereis, Dios mio! lo creereis? me rechazó con fuerza, quise preguntarle la causa... No tengo nada, me dijo, no tengo nada. Me miraba con aire sombrio y feroz; parecia querer examinar mis facciones, creia ver en sus ojos el furor, el aborrecimiento; sí, el aborrecimiento, mi padre me aborrecia, me rechazaba de su seno; pero qué crimen habria cometido? Se lo pregunté al cielo, me lo pregunté á mí misma; oh! no encontré en mi corazon mas que amor y respeto hácia él. Y sin embargo, el dia siguiente por la mañana habia abandonado á Paris, dejándome sola con mi tia, y en dos meses no volví á tener noticias de él.

FUMICHON.

Dos meses!

ESTELA.

Sí, el mismo que antes no podia pasar un dia sin apartarse de mi lado. Unicamente supe por mi tia que se hallaba á doscientas leguas de Paris, en este castillo situado á la falda de los Pirineos. Estaba enfermo, y no me llamaba. Sin participar á nadie mi resolucion, parto con una doncella, llego aqui, donde mi padre me pregunta bruscamente: Qué se os ofrece? Ya no me tuteaba! Qué venís á hacer aqui? A cuidar de vos, le contesté; y sea cual fuere mi crímen, á obtener el perdon por mi arrepentimiento. Deberiais haber empezado por la obediencia, me contestó, y no presentaros á mi vista sin orden mia.

RAIMUNDO.

Pero no os obligaria á volveros...

ESTELA.

Ah, Dios mio! lo queria; pero gracias al

cielo caí enferma y tuve que permanecer. Durante esta enfermedad, nada me faltó; dos veces al dia enviaba á saber de mí; pero jamas... jamas vino á verme.

FUMICHON.

Será posible?

ESTELA.

No nos vemos sino á las horas de comer, que son silenciosas y solitarias, porque no recibe ni ve á nadie. Por lo demas, evita siempre que puede el dirijirme la palabra, y aun el encontrarse conmigo; cuando levanto hácia él mis ojos suplicantes, mi visita le causa una impresion dolorosa... se marcha sin contestarme, ó lanzándome miradas de cólera...yo dígome llorando, será culpa mia, porque mi padre no puede ser injusto; pero Dios mio, cuál será mi crímen? cómo he de espiarlo? Ab! compadecedme, pues soy muy desgraciada.

FUMICHON.

Vamos, Señorita, tranquilizaos, yo me encargo de volverle á la razon; entre tanto soy de opinion que ahora no es el momento de hablarle de boda.

RAIMUNDO.

Y sin embargo, dentro de pocos dias es forzoso que esté en Bayona.

Estela se dirige hácia el foro.

FUMICHON.

Raimundo, voy á presentaros al señor de Soliñi.

RAIMUNDO.

Preferiria mejor...

FUMICHON.

Vacilais?

RAIMUNDO.

No por cierto, pero...

ESTELA. (*En el fondo mirando hácia fuera.*)

Mi padre viene.

RAIMUNDO.

Luego volveré; ya avisareis, cuando necesiteis de mí.

(*Se marcha por la puerta de la derecha.*)

FUMICHON.

Pero oid antes una palabra, si, qué si quieres?... no lleva mal paso el señor Almirante.

ESCENA V.

FUMICHON, SOLIÑI, ESTELA, RENAUD *en el fondo.*

SOLIÑI. (*Arrojándose en los brazos de Fumichon.*)

Por fin te vuelvo á ver!

FUMICHON.

Sí amigo mio, mi querido Soliñi.

SOLIÑI.

Ah! que consuelo tan grande es el abrazar á un amigo. (*viendo á Estela.*) Qué haceis aquí Estela? dejadnos solos.

ESTELA.

Padre mio, ya me voy.

SOLIÑI.

Cuento contigo, toda la semana?

FUMICHON.

Me es imposible: tengo que ir á ver á mi hijo, cuyo regimiento se halla en Bañeras... pero lo que es hoy y mañana puedes disponer de mí.

Se sienta sobre el camapé.—Estela en el fondo habla á Renaud.

SOLIÑI.

Ah! lo que es eso, ya lo veremos... Muchacho, ve á disponer el mejor cuarto para este caballero.

RENAUD.

La señorita ha dispuesto que arregle el de su madre.

SOLIÑI.

El de su madre!

RENAUD.

Es el mejor de la casa.

SOLIÑI. (*Renaud.*)

Y en esta casa, quién es, quien manda, la señorita Estela ó yo?

ESTELA.

Perdonad padre mio, si he faltado...

FUMICHON (*Sentándose.*)

No es ningun delito...

SOLIÑI.

Está bien, basta. (*á Renaud.*) Pero Renaud, no olvideis que en esta casa no hay mas amo que yó, y que no teneis que hacer nada sin consultarme antes. Márchate.

Renaud sale por la puerta de la derecha.

ESTELA.

Teneis razon, padre mio, yo soy quien sin reflexionar y creyendo...

SOLIÑI. (*Secamente.*)

Nadie os dice nada: con mi criado era con quien hablaba.

ESTELA.

Sin embargo creed que mi respeto y obediencia...

SOLIÑI.

Muy mal lo manifestais, pues os he suplicado que nos dejarais.

Fumichon se levanta.

ESTELA. (*Pasando al lado de Fumichon y y diciéndole en voz baja.*)
Lo habeis oido?
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA VI.

FUMINCHON, SOLIÑI.

FUMICHON.
Observo que usas demasiado rigor con esta pobre muchacha.

SOLIÑI.
Quién, yo?

FUMICHON.
La tratas con una dureza!..soy claro, cuándo los muchachos abusan está en el orden usar con ellos de rigor, pero con una hija como la tuya, tan docil, tan amable...

SOLIÑI.
Yo no te digo que sea mala.

FUMICHON. (*Con entusiasmo.*)
Mala? Es un anjél.

SOLIÑI.
Sí, ciertamente.

FUMICHON.
Una joven dotada de todas las prendas...

SOLIÑI.
No lo dudo, pero amigo mio, te habia hecho llamar...

FUMICHON.
Para hablarme de ella?

SOLIÑI.
No, amigo mio, ha sido para pedirte un favor. He pensado que á nadie me podria dirigir mejor que á tí.

FUMICHON.
Has hecho muy bien, y te estoy agradecido.

SOLIÑI. (*Despues de una pausa.*)
Un amigo intimo ha venido está mañana á consultarme sobre cierto anuncio de jurisprudencia: figurate tú el apuro en que me encuentro pues no entiendo nada de negocios, por lo que he determinado sin hacer tracion á un secreto del que depende su vida, hablarte.

FUMICHON.
Ya te escucho.

SOLIÑI. (*Sentándose en el sofá.*)
Sentémonos. (*Se sienta en el sofá de la derecha, Tumichon á la izquierda de Soliñi.*) Cuando un hombre casado y rico no tiene mas que un hijo, y encuentra poderosos motivos para desheredarle, que medios podrá emplear?

FUMICHON.
Ningunos... á no enagenar ó delegar sus bienes á otro cualquiera.

SOLIÑI.
Y si no quisiera desprenderse de su herencia?

FUMICHON.
Eso es ya mas dificil. Entonces era necesario hacer suscribir á un tercero una obligacion que aceptase y por la cual se hiciese ver, haber recibido tales, y tales sumas rembolsables á la muerte del signatario.

SOLIÑI.
Ya estoy.

FUMICHON.
Un especie de recibo en papel comun, sus dos firmas abajo, y está corriente.

SOLIÑI.
Perfectâmente. Pero dime no podrias tú hacer el modelo de ese recibo?

FUMICHON.
No tengo inconveniente, pero antes necesito saber si conoces á la persona, y si me respondes, de que tiene razones justas para obrar de esta manera.

SOLIÑI.
Te lo juro por mi honor.

FUMICHON.
Entonces ya varia, .. tú eres el responsable... (*se levanta y se pone á escribir.*) Cosa muy sencilla. (*Enseñàndo á Soliñi lo que escribe.*) Toma, ves?..nada mas..(*escribiendo.*) Aquí abajo los nombres, que dejo en blanco.—Designar la suma... etc.. pero ante todas cosas es necesario conocer la posicion y estado del que subscribe á esta obligacion.

SOLIÑI. (*A media voz.*)
Pues bien... quieres saberlo?.. en persona soy yó!

FUMICHON. (*Levantándose.*)
Quién, tú? Desheredar tú á tu hija? privarla de tus bienes.. transmitirlos á otro?

SOLIÑI.
Si me he dirigido á tí á mi único amigo, es porque estaba seguro de que guardarias el secreto, me has empeñado tu palabra.

FUMICHON.
Sí pero no he prometido coadyuvar á hacer una injusticia, y esta lo seria.

SOLIÑI.
Ignoras lo que he sufrido, y lo que sufro aun ahora? soy el mas desgraciado de to-

dos los hombres: abandonado, engañado, ultrajado... y sin embargo no puedo vengarme!

FUMICHON.

Esplícate.

SOLIÑI.

Ah! Bien pronto lo sabrás todo; á pesar de lo que sufro y de lo que padezco, me es grato poder confiar á un amigo mis penas. No no te hablaré de los primeros años de mi vida, fueron muy felices y echo de menos el tiempo en que al salir de San Cyr de simple oficial, debí á tu amistad los gastos del equipo: tú eras rico y yo... no te podia ofrecer mas que mi persona, la que el dia menos pensado podia arrebatar una bala de cañon; pero no sucedió así: la suerte me favoreció y cuando volví de general de brigada, y ayudante de campo del emperador creí mi fortuna hecha; un capitan de navio me ofreció la mano de su hija, la que acepté... era linda... yo la amaba y creí ser correspondido... me porté como buen marido no pensando mas que en hacerla feliz. La restauracion me habia arrebatado mi riqueza, mis esperanzas y mi porvenir... la buscaba por otra parte, apresté un navio mercantil, hice varios viages de los cuales salí felizmente, y durante mi ausencia no pensaba mas que en mi muger, y sobre todo en mi hija. Era una felicidad hasta entonces para mí desconocida... una impresion que absorvia todas las demas, una pasion, un amor que me hubiera vuelto loco... porque mi vida era mi hija y despues de la muerte de su madre, tú lo has visto, no podia pasar un momento sin tenerla á mi lado. Estaba orgulloso de sus progresos, de su talento, de su hermosura, y cuando todos la celebraban, con qué placer decia yo! «Es mi sangre, es hija mia.» Ah! desgraciado, bien pronto todas mis ilusiones, todos mis sueños se desvanecieron.

FUMICHON.

De qué modo?

SOLIÑI.

Me hallaba una noche en Paris solo en mi cuarto, en la fonda en que durante mis viages habitaba en otro tiempo mi familia, y buscando en un armario secreto unos papeles que necesitaba enviarte, un resorte que no conocia me descubrió un cofrecito embutido en la pared, en el cual encontré un retrato... y un billete. El retrato bien pronto conocí de quien era: en cuanto al billete jamas le olvidaré, he aqui su contenido. "Me has escrito, ven, te espero." Estas palabras que ayer hubieran hecho mi felicidad, hoy me vuelven á la desesperacion. No puedo asistir á la cita que me das: ya no puedo volver á verte. Adios, Enriqueta, tu marido acaba de salvarme la fortuna y el honor... á mí, que le engañaba hace tanto tiempo..

FUMICHON.

Cielos!

SOLIÑI. (*Friamente.*)

Era uno de mis antiguos compañeros de armas, á quien desde el principio habia acogido en mi casa... era Eduardo de Busieres.

FUMICHON.

El que ha muerto durante tu último viage?

SOLIÑI.

Sí, por mi desgracia, ha muerto, han muerto todos los que me engañaban, y despues de este fatal descubrimiento yo mismo he remitido á la venganza del cielo, la esposa culpable que ya no existe, el amigo pérfido á quien habia salvado del deshonor, y que habia tramado el mio... pero cuando volví á leer este billete y estas últimas palabras, «yo que le engañaba hace tanto tiempo,» sentí un frio mortal esparcirse por mis venas al pensar en Estela, en aquella á quien llamaba hija...

FUMICHON.

Qué horrible idea! y has podido figurarte...

SOLIÑI.

Bien sabes que en mi último viage, recogido por un navio ingles que se daba á la vela para Canton, estuvieron cerca de un año sin recibir mas noticias que las de mi naufragio... me creian muerto, y á poco tiempo mi esposa sucumbió á una larga y penosa enfermedad; pero al espirar, sabes tú, á quien confió en el testamento la tutela y educacion de su hija? No fue á su hermana, ni á sus parientes, ni á mí, no... fue á su cómplice, á su amante, al padre de su hija... á Busieres...

FUMICHON.

Será posible?

SOLIÑI.

Bien conoces que tengo razon; esta hija no me pertenece, es aqui una estraña, ó por mejor decir, una afrenta continua, una prueba irrefragable de mi deshonra.

Y cuando reflexiono lo que la he querido, cuántas veces la he estrechado entre mis brazos!... pero Dios mio, á quién? á la hija de mi enemigo... Y como sino fueran suficientes los tormentos que esperimento, será forzoso que despues de mi muerte, mis bienes, mi riqueza, el fruto de mis trabajos hayan de enriquecer á Estela de Busieres? Ah! mi corazon se estremece al pensarlo! Pero no! seria un horrible insulto á las leyes y á la moral... sí, eso seria galardonar el perjurio y el adulterio. No, este acto que tepido un acto de justicia... Estela será desheredada, mi fortuna pertenece á mis amigos, á los que no me hacen traicion. A tí es á quien la destino, y la tendrás.

FUMICHON.

Yo?

SOLIÑI.

Esa es mi intencion.

TUMICHON.

Bien, ahora no se trata de eso, tranquilízate: quién sabe si algun dia te arrepentirás.

SOLIÑI.

Arrepentirme!

FUMICHON.

Sí, sean cuales fueren los motivos de tu cólera, debes conocer que tu hija... quiero decir, Estela, no debe ser castigada por un crimen que no ha cometido... Sí, amigo mio, no tiene la culpa esta desgraciada...

SOLIÑI.

Tienes razon; si te he de hablar con franqueza, hay momentos en que olvido que la aborrezco, y que desearia abrazarla y llamarla hija mia. Pero luego me detengo, y avergonzado de mi debilidad me vengo colmándola de injurías. Conozco que no merece que la trate de este modo... pero su presencia me causa una impresion... *(Se arroja á los brazos de Fumichon.)*

FUMICHON.

Entonces es forzoso que os separeis, pero sin que nadie se aperciba de ello.

SOLIÑI.

Y cómo?

FUMICHON.

Casándola.

SOLIÑI.

Yo... no intervengo en su casamiento.

FUMICHON.

Bien, no intervendrás, eso corre de mi cuenta.

SOLIÑI.

Búscala un marido, el que quieras, tu hijo Enrique.

FUMICHON.

Enrique: pobre muchacha! y habia yo de consentir... Ah, no! jamas... seria infeliz con él... en ocho dias adios dote.

SOLIÑI.

Su dote!

FUMICHON.

El que la señales, sí, es necesario aunque no sea mas que por el bien parecer.

SOLIÑI.

Con mil francos...

FUMICHON.

Imposible! no es facil encontrar un marido que consienta... y en qué circunstancias.!.

SOLIÑI.

Bien, bien... cien mil francos!... me parece que es bastante?

FUMICHON.

Para otra persona, tal vez, pero para tí... no me parece suficiente; pero ella viene...

ESCENA VII.

ESTELA, FUMICHON, SOLIÑI.

SOLIÑI. *(A Estela que entra por la puerta de la derecha.)*

Qué quereis? por qué entrais aqui sin que yo os lo mande?

ESTELA.

Ah! no os enojeis... es que un caballero que desea hablar á Mr. de Fumichon, me ha suplicado que venga á avisarle.

SOLIÑI.

Eso es otra cosa... pero estábamos ocupados de un asunto importante, y... perdonadme si os he hablado con demasiada dureza.

ESTELA.

Vos teneis derecho de hacerlo, padre mio, y cuando os veo descontento, á nadie culpo sino á mí misma, que soy sin duda la causa.

FUMICHON.

Pobre muchacha!

SOLIÑI.

Tienes razon... soy demasiado injusto.

FUMICHON. (*Haciéndole pasar á su derecha, y colocándole entre Estela y él.*)

Mírala bien, qué dices?

SOLIÑI.

Qué digo? que se parece esactamente á ese infame Busieres.

FUMICHON.

Siempre esas malditas ideas. (*Á Estela.*) Quién es quien me busca, hija mia?

ESTELA.

Aquel joven de esta mañana... el marino.

SOLIÑI.

Un joven!.. un marino!

FUMICHON.

Sí, ya... es un amigo íntimo.

SOLIÑI.

Eso es otra cosa.

ESTELA.

Y dice que tiene que hablaros con precision.

FUMICHON.

Bien, que venga.

SOLIÑI.

No, no... yo no puedo recibir aqui á nadie.

FUMICHON.

Bien. (*Tomando su baston y su sombrero.*) Supuesto que yo no puedo recibir mis amigos en tu casa..

SOLIÑI.

Dónde vas?

FUMICHON.

Voy á recibirle en la mia; me marcho con él.

SOLIÑI.

Eso no... que entre y te espere: luego podrás ir á hablarle.

ESTELA.

Os advierto que ha recibido la orden de marchar esta misma tarde para Bayona, donde debe embarcarse.

FUMICHON.

Ya veo que no hay que perder tiempo: pues bien, decidle que nos haga el gusto de quedarse á comer con nosotros.

SOLIÑI.

Qué dices?

FUMICHON.

Soy yo quien le convido... asi podremos hablar de nuestros negocios...

ESTELA. (*A Soliñi.*)

Espero vuestro permiso.

SOLIÑI.

Puesto que él lo desea...

FUMICHON.

Y no solamente yo, sino tambien Soliñi, que le agradará mucho cuando le conozca. Te le voy á presentar.

SOLIÑI. (*Colérico.*)

Qué dices?

ESTELA.

Ah! Dios mio!

FUMICHON.

No temais.

SOLIÑI.

Y qué diablos de objeto!..

FUMICHON.

No buscábamos un marido? Ahi tenemos uno. Es un joven oficial de marina, de buena figura, muy amable, y que ama ciegamente á tu... quiero decir, á la señorita Estela... y como tu me has encargado que concluya este negocio...

SOLIÑI.

Está bien, haz lo que quieras, con tal que no me mezcles en nada...

FUMICHON.

En nada?.. eso es imposible... es preciso que á lo menos te dejes ver una vez de ese joven. El va á venir al momento, te pedirá la mano de Estela, y tú puedes contestarle en cuatro palabras.... Bien... consiento en ello.. yo os concedo su mano, y doscientos mil francos.

SOLIÑI.

Yo no he dicho eso.

FUMICHON.

No, pero lo dirás despues y asi se concluirá el negocio con mas brevedad.

SOLIÑI.

Bien, lo haré así, pero con la condicion de que has de aceptar la herencia de mis bienes.

FUMICHON.

De ningun modo.

SOLIÑI.

Por qué?

FUMICHON.

Por qué gracias al cielo, soy un notario honrado y jamas...

SOLIÑI.

Sin embargo ha de ser así..

FUMICHON.

Te engañas mucho.

SOLIÑI.

Pues yo lo quiero.

FUMICHON.

Pues yo no lo quiero.

SOLIÑI.

Ya lo pensarás mejor, me lo dirás luego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ESTELA, FUMICHON.

ESTELA.

Dios mio! riñen!

FUMICHON.

No temais, que esto no es nada... decidle que venga dentro de media hora.

ESTELA.

Sí señor... está allá en el patio, pero no se atreve á subir...

FUMICHON.

Vamos, tendré yo que ir á animarle. No necesitaria tanto mi hijo Enrique, que es una pólvora junto al fuego.

ESTELA.

Sí, animadle mucho, porque si no lo que es por él no nos casamos en la vida.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

FUMICHON, SOLIÑI.

SOLIÑI.

Aceptarás.

FUMICHON.

De ningun modo.

SOLIÑI.

Pues bien, yo te juro que primero destruiré mi hacienda, primero la arrojaré al fuego... pero poco me importa que consientas ó no, ya tengo aqui hecho el modelo de la obligacion. (*Se sienta á escribir.*)

FUMICHON.

Qué vas á hacer?

SOLIÑI.

Eso no te importa.

ESCENA II.

Los mismos, RAIMUNDO, ESTELA.

ESTELA. (*A Fumichon.*)

Aqui está.

FUMICHON.

Bien, que se acerque aqui.

RAIMUNDO.

Ah! señor.

FUMICHON. (*Señalando á Soliñi.*)

Silencio, todo está ya corriente, hijos mios, os casareis.

ESTELA.

Es posible!

RAIMUNDO.

Ha consentido al fin?

FUMICHON.

Me ha dado su palabra.

ESTELA.

Ah! Si yo pudiera arrojarme en sus brazos!

FUMICHON.

Es imposible en este momento. (Ademas seria echarlo todo á rodar.) (*á Raimundo*) Lo que es necesario, que os dirijais á él ahora mismo, y le hagais vuestra peticion... ea... vamos.

RAIMUNDO.

No deseo otra cosa, pero... no me atrevo.

FUMICHON.

Qué diablo! oh!.. si estuviera en vuestro lugar mi hijo Enrique!.. (*Le coje por la mano y le coloca al lado de Soliñi.*) Valor... no hay que temblar; es necesario que os presenteis á él con firmeza... como si estuvierais delante del enemigo.

RAIMUNDO.

Qué vais á hacer?

FUMICHON.

Presentaros á su padre.

ESTELA.

Para que hagais vuestra peticion.

FUMICHON.

Yo os prometo que nada os negará. Venid, hija mia, vos no debeis oir esto.

ESTELA.

Dios mio! haced que mi padre bendiga mi matrimonio. (*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

RAIMUNDO, SOLIÑI.

RAIMUNDO.

Señor!

SOLIÑI.

Qué es eso? quién sois vos? qué quereis?

RAIMUNDO.

Yo soy... la persona de quien Mr. de Fumichon se ha dignado hablaros... las esperanzas que me ha hecho concebir me han dado algun valor... de otro modo no me hubiera atrevido á esponeros mis pretensiones, que sin duda os parecerán atrevidas... yo amo á vuestra hija.

SOLIÑI.

Estela!

RAIMUNDO.

Sí señor, la amo.

SOLIÑI.

Está bien.

RAIMUNDO.

Y vengo temblando... á pediros su mano.

SOLIÑI.

Yo os la concedo.

RAIMUNDO.

Es posible! vos me juzgais digno de semejante honor...

SOLIÑI.

Mi notario, que es mi amigo íntimo, me responde de vos...

RAIMUNDO.

Pues si él apenas me conoce...

SOLIÑI.

No importa, eso me basta.

RAIMUNDO.

Pues para mí no basta, quiero que sepais quien soy yo, cual es mi posicion, mis esperanzas, la estimacion que me profesan mis gefes.

SOLIÑI.

Es inútil, os digo, y cualquiera que sea vuestra riqueza.

RAIMUNDO.

Eso es lo que no tengo.

SOLIÑI.

No importa, yo doy á mi hija doscientos mil francos de dote, con la sola condicion de que el casamiento se verifique lo mas pronto posible.

RAIMUNDO.

Toma! pues si no deseamos otra cosa.

SOLIÑI.

Y que Fumichon se encargue de arreglarlo, porque yo no podré asistir á la boda.

RAIMUNDO.

Y por qué, señor?

SOLIÑI.

Tengo que hacer precisamente un viage, y debo partir mañana.

RAIMUNDO.

Entonces, retardaremos nuestra boda hasta que volvais, y por larga que sea vuestra ausencia, os esperaremos.

SOLIÑI.

Y para qué? voto vá!

RAIMUNDO.

Me parece, señor, que aun cuando no sea mas que por respeto y reconocimiento... por la grande amistad que en otro tiempo unió á nuestras familias...

SOLIÑI.

Qué quereis decir?

RAIMUNDO.

Amistad que hasta ahora no me ha sido posible cultivar con motivo de haber entrado muy joven en la escuela de marina. Yo estaba en Angulema, cuando vos residiais en Paris, y cuando yo llegué á esta capital, acababais de partir para un largo viage; pero en vuestra ausencia fuí presentado por mis parientes á madama de Soliñi vuestra esposa, que con tanta bondad nos acogia siempre á mi padre y á mí.

SOLIÑI.

Quién sois vos? cuál es vuestro nombre?

RAIMUNDO.

Qué, no lo sabiais?

SOLIÑI.

No... quién me lo habia de haber dicho?

RAIMUNDO.

Con qué no lo sabiais? no lo habiais preguntado, y me aceptabais por yerno... me dabais la mano de vuestra hija?

SOLIÑI. (*Colérico.*)

Mi hija!... siempre mi hija... no se trata de ella, sino de vos... Cuál es vuestro nombre?...

RAIMUNDO.

Raimundo... Raimundo Busieres, teniente de marina.

SOLIÑI.

Busieres! Y vos sereis sin duda el hijo del coronel Busieres?

RAIMUNDO.

Vuestro antiguo amigo.

SOLIÑI.

Busieres!

RAIMUNDO.

A quien habeis colmado de tantos beneficios, y que por espacio de quince años no tuvo otra casa ni otra familia que la vuestra.

SOLIÑI. *(Furioso.)*

Quince años?

RAIMUNDO.

Qué teneis, señor?

SOLIÑI.

Y ese era vuestro padre?

RAIMUNDO.

Seguramente.

SOLIÑI.

Ah! (*con alegria*) Tiene un hijo... ah!.. ya soy dichoso! Raimundo, vuestro padre era un traidor y un cobarde.

RAIMUDO.

Caballero!

SOLIÑI.

Yo os lo digo.

RAIMUMDO.

Hablais seriamente?

SOLIÑI.

Sí, un infame.

RAIMUNDO.

Mr. de Soliñi, mi padre era hombre honrado, un hombre de honor, y vos os habeis olvidado sin duda de que corre su sangre por mis venas; su nombre y su honor me pertenecen, como me pertenece vengar sus injurias. Mi padre ha muerto, pero mientras yo viva, vive mi padre para defenderse.

SOLIÑI.

Eso es lo que deseo... así podré vengarme en alguno.

RAIMUNDO.

Y vos os retractareis de las palabras injuriosas que acabais de pronunciar, ó de lo contrario...

SOLIÑI.

Qué?

RAIMUNDO.

Aun cuando deba perder lo que mas amo, no consentiré de ningun modo que se insulte su memoria.

SOLIÑI

Bien, joven... bien... no os pareceis en nada á él, porque durante 15 años fué un...

RAIMUNDO.

No acabeis!... cuales son vuestras armas?

SOLIÑI.

La espada.

RAIMUNDO.

El sitio.

SOLIÑI.

Detras de las tapias del parque.

RAIMUNDO.

Cuándo?

SOLIÑI.

Dentro de una hora... tengo que concluir este escrito.

ESCENA IV.

Los mismos, ESTELA, FUMICHON.

ESTELA. *(A Raimundo.)*

Qué oigo? ah! decidme que significan esas voces... esas miradas amenazadoras?...

FUMICHON. *(A Soliñi.)*

Que es lo que ha habido, que os he oido gritar como unos desaforados?

SOLIÑI. *(Acercándose á Raimundo.)*

Dentro de una hora.

RAIMUNDO.

No faltaré. *(Soliñi se vá por la izquierda.)*

ESCENA V.

RAIMUNDO, FUMICHON, ESTELA.

FUMICHON.

No podreis decir qué significa todo esto?

RAIMUNDO.

Que todo se ha perdido.

FUMICHON.

Diablo!

ESTELA. *(A Fumichon.)*

Vos sois nuestra esperanza.

FUMICHON.

No le hicisteis vuestra peticion?

RAIMUNDO.

Ciertamente.

FUMICHON.

Y qué respondió?

RAIMUNDO.

No opuso ningun obstáculo, y me concedió á su hija con doscientos mil francos de dote.

FUMICHON.

Eso es lo esencial, lo demas nada importa.

RAIMUNDO.

Sí tal; porque cuando le dije mi nombre advertí un cambio repentino en su fisonomía, sus facciones se contrajeron, y me insultó en lo que hay para mí de mas sagrado en el mundo.

FUMICHON.

Alguna idea que se le meteria en la cabeza, porque yo no puedo creer que esto lo haya causado vuestro nombre, que por otra parte nada tiene que pueda espantar...

RAIMUNDO.

Seguro que no.

FUMICHON.

No es Raimundo vuestro nombre?

ESTELA.

Sí señor, Raimundo Busieres.

FUMICHON.

Busieres!

RAIMUNDO. ESTELA. } Pero qué os ha dado?

FUMICHON.

No habeis dicho Busieres?

RAIMUNDO.

Eh? Ya os habeis puesto como él.

FUMICHON.

Oh! desgraciados jóvenes!

ESTELA.

Qué teneis?

FUMICHON.

Nada, amigos mios, nada; pero la sorpresa...

ESTELA.

Pero no debemos temer nada, no es verdad? porque vos nos protegereis.

RAIMUNDO.

Vos intercedereis por nosotros.

FUMICHON.

Yo...! Dios me libre.

ESTELA.

Cómo! y nuestro matrimonio?

FUMICHON.

Callad; callad... (*que iba á hacer?*) Mis caros amigos...no me culpeis..pero en conciencia, este casamiento... no puede verificarse.

RAIMUNDO. ESTELA. } Qué decis?

FUMICHON.

Que no debeis pensar mas en ello.

ESTELA.

Por qué razon?

FUMICHON.

No os lo puedo decir.

RAIMUNDO.

Ah! esto es demasiado. . os estais burlando de nuestros tormentos. Yo exijo que me espliqueis el motivo.

FUMICHON.

Es imposible... ya debeis conocer, hijos mios, que yo que soy vuestro amigo no tendré la intencion de separaros; sin embargo, motivos muy poderosos...

RAIMUNDO.

Cuáles son?

FUMICHON.

No me los pregunteis; pero si teneis en mí alguna confianza, si profesais á Estela algun afecto...

RAIMUNDO.

Sí, una pasion violenta, un delirio...

FUMICHON.

Ya; pero eso es demasiado... no era menester tanto para apreciarla.. yo os suplico únicamente que partais, que os separeis de ella por algun tiempo: por favor os lo pido.

RAIMUNDO.

Sí, yo me marcharé, pero no tan pronto: esta tarde, mañana tal vez quedareis satisfecho. (*A Estela.*) Es muy probable que no nos volvamos á ver.

ESTELA.

Raimundo!

RAIMUNDO.

Adios: me llaman otros deberes, pero no temais; yo sabré respetar todo lo que os pertenece; pero... sino me volveis á ver, que os deba á lo menos mi memoria algun recuerdo.

ESTELA.

Ah! Siempre!

ESCENA VI.

ESTELA, FUMICHON.

FUMICHON. (*Enjugando una lágrima.*) Pobre jòven! Es un escelente muchacho.

ESTELA.

Oh! ciertamente.. yo no podré menos de amarle toda mi vida.

FUMICHON.

Toda la vida... no, guardaos bien de eso.

ESTELA.

Qué decis?

FUMICHON.

Que no hay necesidad de amarle tanto.

ESTELA.

Ni aun ausentes?

FUMICHON.

De ningun modo.

ESTELA.

Y por qué? yo no os comprendo.

FUMICHON.

Tanto mejor... no teneis ninguna necesidad de comprenderme; pero creedme; hija mia, todo lo que yo pueda hacer para asegurar vuestra felicidad, vuestra suerte futura... (Ah!... ahora que me acuerdo, esa donacion de Soliñi. Hice mal en rehusarla.) La aceptaré, hija mia, pero para haceros feliz.

ESTELA.

Qué quereis decirme?

FUMICHON.

No es tiempo todavia de que lo sepais, pero... silencio, es vuestro padre.

ESCENA VII.

ESTELA, FUMICHON *y* SOLIÑI *entrando por la izquierda y sentándose junto á la mesa.*

SOLIÑI.

Ah!... estabas aqui?

FUMICHON.

Sí, amigo mio, queria hablarte acerca de la proposicion que esta mañana me hicistes.. he reflexionado sobre el asunto, y estoy casi decidido á aceptar.

SOLIÑI.

De veras?

FUMICHON.

Solo por servirte.

SOLIÑI.

Lo siento, pero como te resististes á admitirla, he tomado otras disposiciones.

FUMICHON.

Pero eso tiene remedio.

SOLIÑI.

No tal, ya no es tiempo: el acto firmado por mí en buena forma, y hecho por el modelo que tú me diste, acaba de partir en este momento.

FUMICHON.

Cielos, y por qué con tanta premura?

SOLIÑI.

No podia perder un instante, porque dentro de una hora tal vez...

FUMICHON.

Qué?

SOLIÑI.

Nada, nada: quiero decir que estoy contento, que soy dichoso... sí, esta es la única felicidad que en mucho tiempo he conocido. (*Viendo á Estela.*) Ah! estabais aqui, Estela? acercaos, acercaos. No sabeis que esta felicidad me la habeis proporcionado vos?

ESTELA.

Cuánto me alegro, padre mio!

SOLIÑI.

Acabo de ver á ese joven que quiere casarse con vos. Creo que él no se hubiera atrevido á dar este paso, sin haber obtenido antes vuestro consentimiento.

ESTELA.

No fui yo, sino Mr. de Fumichon.

FUMICHON.

Yo no sabia que Mr. de Busieres...

SOLIÑI.

Cállate... yo no te pregunto nada. (*A Estela.*) Vos le amabais?

ESTELA.

Sí.

SOLIÑI.

Y por qué me lo habiais ocultado?

ESTELA.

Ya os lo habia dicho hace mucho tiempo, padre mio, en aquel tiempo en que vos me amabais. Un dia me dijisteis «es preciso casarte.» Y yo os contesté, no tan pronto, padre mio, porque tal vez habrá en el mundo algun hombre á quien yo preferiria... pero él no se ha declarado nunca, jamas me ha dicho que me ama. Y si te engañases, hija mia? me respondisteis; porque en aquel tiempo me tuteabais siempre; si te equivocases, serias muy infeliz. No, os respondi yo entonces, porque en ese caso me quedaba el amor de mi padre. Siendo asi, me dijisteis abrazándome, esperaremos y no se hable mas del asunto. Yo no volví á decir nada; y esperé largo tiempo con resignacion... entonces me era muy facil... era yo tan dichosa!

SOLIÑI. (*Despues de un instante de silencio.*)

Sí, todo eso es verdad, se me habia olvidado; pero dónde habiais conocido á ese joven?

ESTELA.

En Paris, en casa de mi madre, adonde él iba casi todos los dias con Mr. de Busieres, su padre. Esto fue durante vuestra ausencia en aquel largo viage...

TUMICHON. (*Haciéndola señas.*)

No es posible hacerla callár.

SOLIÑI.

Y ese Mr. de Busieres... no hablo de Raimundo, sino del padre: ese Mr. de Busieres, os queria mucho?

ESTELA.

Mucho... me habia conocido tan pequeña...

FUMICHON. (*A media voz.*)

Callaos.

ESTELA.

Y por qué no he de decir la verdad?

SOLIÑI.

Tiene razon. ¿Sabeis que en mi ausencia, y creyendo que yo habia muerto, queria daros vuestra madre á Mr. de Busieres por tutor?

ESTELA.

Sí, ciertamente, porque algunos dias antes de morir, hace tres años, mi pobre madre me mandó acercar á su lecho: estábamos solas... hija mia, me dijo, bien pronto quedarás huérfana; pero te dejo por tutor á un amigo de nuestra familia, á un amigo de tu infancia, á Mr. de Busieres que en este momento está lejos de Francia. Pero cuando vuelva, que espero será muy pronto, le darás tú misma, y solo á él, estos papeles.

FUMICHON.

Cielos!

SOLIÑI.

Proseguid.

ESTELA.

Entonces me confió una carta cerrada con un sello negro, que debia contener sin duda su última voluntad; pero ya sabeis que poco tiempo despues Mr. de Busieres murió en Polonia, y por lo tanto...

SOLIÑI.

No pudisteis entregársela...

ESTELA.

No, padre mio.

SOLIÑI.

Y existe esa carta?

ESTELA.

Creo que sí: yo la guardé en el cofrecito de mi madre con las cartas que vos me escribiais durante vuestro viage; en fin, con todo lo que yo tenia de mas precioso, y el mismo dia que llegasteis á Paris, me apresuré á entregároslo. Ignoro lo que habeis hecho de él; pero al dia siguiente me acuerdo que me dijísteis: "Estos son los diamantes de tu madre, y ahora te pertenecen á tí; pero tú no puedes llevarlos hasta que te cases... yo los guardaré entretanto... entonces vos cerrasteis el cofrecito y me disteis la llave.

FUMICHON. (*Con viveza.*)

Y el cofre?

ESTELA.

Mi padre lo guardó.

SOLIÑI.

Sí, es verdad, yo lo tengo.

FUMICHON.

Dios mio!

SOLIÑI.

Dadme esa llave.

FUMICHON. (*En voz baja.*)

No se la deis.

ESTELA.

Qué significa esto?

SOLIÑI.

Dádmela.

FUMICHON.

De ningun modo, es un absurdo, un paso inútil, porque...

SOLIÑI.

Yo os lo mando.

FUMICHON.

Pues yo se lo prohibo, por ella misma, por tí.

ESTELA.

Tomad, tomad. (*Quitándose del cuello una cadena donde está la llave.*)

SOLIÑI.

Está bien.

FUMICHON.

Sí, seguramente. (*A Estela.*) Lo habeis hecho lindamente... Adios.

ESTELA.

Qué quiere decir esto?

SOLIÑI.

Ah, cuánto estoy sufriendo!

ESTELA.

Padre mio!

SOLIÑI.

Dejadme solo... marchaos.

ESCENA VIII.

SOLIÑI *solo.* (*Abriendo el bufete de donde saca el cofre que pone sobre la mesa.*)

SOLIÑI.

Aqui está: este es el cofrecito que ella me entregó hace tres años... (*Le abre.*) Estos son los diamantes de su madre... los dia-

mantes que yo la habia regalado. (*Registrando el fondo del cofre.*) Ah! yo no sé lo que siento ; y me acusan de injusto!.. yo que solo pedia en mi desesperacion el consuelo de dudar! yo que estoy persuadido de la horrible realidad del crimen... en este momento tiembla mi mano al encontrar una prueba tal vez mas evidente que las demas. Aqui está. (*Sacando del fondo del cofrecito una carta cerrada.*) Sí, esta es la letra de Enriqueta. "A Mr. de Busieres." Los infames... valor... (*Rompe el sobre y lee...*) "Querido Eduardo, á quien tanto he amado, yo os escribo desde mi lecho de muerte, pronta á comparecer delante de aquel á quien tanto he ofendido. Espero que este juez inexorable escuchará las súplicas que os dirijo, y que en ellas encontrará, sino algunas palabras para absolverme, algunas lágrimas que esciten su compasion. (*Se enjuga los ojos.*) Vos tuvisteis mas valor que yo, y cuando despues de seis años de tormentos iba á olvidarlo todo, vos fuisteis quien, fiel á la amistad, me recordásteis mis deberes." (*Con indignacion.*) Ei! «No fui yo, no... vos mismo me salvasteis del deshonor.» Ah! querria abusar todavia de mí! aunque estas palabras estuvieran escritas con su sangre no las creeria. «Permitid que en reconocimiento os confie un tesoro de que solo vos sois digno : á vos, Eduardo que habeis sabido respetar la muger de vuestro amigo, yo os entrego su hija.» Su hija! «Mas exijo todavia de vos : he creido advertir que Raimundo vuestro hijo era amado de Estela, y que él tambien la correspondia ; pero sin duda no se ha atrevido á declararse á causa de lo escaso de sus bienes. Como pudiera creer que el mismo motivo os impediria consentir en esta union, yo os mando que lo verifiqueis si es la voluntad de ambos.» Ah! Casarlos! y esto está escrito de su mano... casarlos! Ah! qué es lo que he leido? Deberia dudar aun? no, no, es imposible que en su última hora, pronta á comparecer delante de Dios, pensase un momento un nuevo crimen, un crimen mas horrible, uniendo al hermano con la hermana. Ah! no, no puede ser... Estela!... Estela es mi bien, mi sangre, mi hija.

ESCENA IX.

SOLIÑI, ESTELA. (*Que se acerca lentamente y con los ojos bajos.*)

SOLIÑI.

Ah! Allí está, es mi hija... mi hija... tan hermosa como yo la dejé hace dos años. (*Estela levanta los ojos, y viendo á su padre, hace un movimiento de temor.*) Es el temor que yo la he inspirado, no sabe que ahora soy yo quien tiembla delante de ella.) Estela...

ESTELA.

Padre mio!

SOLIÑI.

Venid, yo os lo suplico. (*Estela se aproxima lentamente y se sienta á su lado, depues de un momento de silencio la mira Soliñi con ternura.*) Estela!

ESTELA.

Señor!

SOLIÑI.

Yo quiero abrazaros.

ESTELA.

Padre mio! (*Arrojándose en sus brazos.*)

SOLIÑI.

Mi hija! mi querida hija!

ESTELA.

Mi hija! ah! cuánto tiempo hacia que no pronunciabais esa palabra.

SOLIÑI.

Sí, tienes razon, hacia ya mucho tiempo que no te habia visto, que estábamos separados.

ESTELA.

Es verdad.

SOLIÑI.

Desterrada dos años del corazon de su padre... tratada como una estraña, como una enemiga en mi casa... en su casa... (*Arrojándose á sus pies.*)

ESTELA.

Qué haceis?

SOLIÑI.

Perdóname, hija mia.

ESTELA.

Yo? Gran Dios! perdonar á mi padre... Y por qué?

SOLIÑI.

No puedo decírtelo; pero perdóname, dime que me amas todavia.

ESTELA.

Siempre, toda la vida. Yo he sido, yo sin duda quien ha causado vuestros pesares. Hasta ahora no habia podido adivinar la causa, pero ya la sé.

SOLIÑI.

Cielos!

ESTELA.

Sin duda alguna mi amor por Raimundo.. Pues bien, padre mio, por mucho que haya de costarme este esfuerzo...

SOLIÑI.

Qué? consentirias en sacrificarte?

ESTELA.

Todo lo sacrificaré por vuestro amor.

SOLIÑI.

Ah! esto es demasiado. (*Estrechando á Estela entre sus brazos.*) Quién viene?

ESCENA X.

Los mismos, RENAUD.

RENAUD.

Señor, ese joven que vino esta mañana, quiere hablaros á solas.

ESTELA.

Decidle que entre... quiero manifestarle mi resolucion.

SOLIÑI.

Sí, que entre.

RENAUD. (*Dirijiéndose á la puerta del fondo.*)

Entrad, caballero, entrad.

ESCENA XI.

ESTELA, SOLIÑI, RAIMUNDO.

RAIMUNDO.

Ya me teneis aqui... (Cielos! su hija.)

SOLIÑI.

(Ah.) Exacto es por Dios! ya me habia olvidado.

RAIMUNDO.

Os buscaba...

ESTELA.

Para qué?

SOLIÑI.

Para batirnos.

ESTELA.

Cómo? Es posible? Con que vos, Raimundo, vos á quien tanto he amado os conjurais contra la existencia del que me dió la vida?

RAIMUNDO.

No es mia la culpa... preguntádselo á él mismo...

SOLIÑI.

Sí, es cierto, yo le he insultado.

ESTELA.

Ah! es preciso que renuncieis á este combate.

SOLIÑI.

Eso no depende de mí: yo le he ofendido y él tiene derecho á pedir una reparacion de este agravio. Pregúntale cuál exige?

ESTELA.

Caballero, mi padre me manda preguntaros, qué satisfaccion exigis en reparacion del agravio que os ha hecho?

RAIMUNDO.

Yo?

ESTELA.

Sí.

RAIMUNDO.

Pues bien... exijo dos satisfacciones.

ESTELA.

Cuáles son?

RAIMUNDO.

La primera, que se retracte vuestro padre de lo que ha dicho acerca del mio.

ESTELA.

Lo ois? (*A Soliñi.*)

SOLIÑI.

Sí, y yo tengo un placer inesplicable en este momento que me habia declarar en este momento que me habia engañado, y que Mr. de Busieres nunca hizo traicion al honor ni á la amistad. (*A Estela.*) Pregúntale qué otra cosa exige.

ESTELA.

Caballero, mi padre me encarga os pregunte que otra cosa quereis.

RAIMUNDO. (*En voz baja.*)

Vuestra mano.

ESTELA.

Dios mio!

SOLIÑI.

Qué pide?

ESTELA.

Cosas imposibles.

SOLIÑI.

No está en nuestra mano concedérselas?

ESTELA.

Sí, y en la mia sobre todo.

SOLIÑI.

Pues bien, no te he dicho que tú eres aqui la dueña absoluta? Puedes sin reparo concederle todo lo que pida.

ESTELA.

El caso es que lo que pide... es á mí.

SOLIÑI.

Eso es fácil... á no ser que tú no consientas.

ESTELA.

Yo... sí... bien quisiera...

SOLIÑI.

En ese caso, mi hija, mis bienes, todo lo que poseo... Ah! Dios mio !.. que he hecho?... Desgraciado! *(Corre hácia la puerta del fondo.)*

ESCENA XII.

Los mismos, FUMICHON.

FUMICHON.

Qué hay de nuevo ahora.?

SOLIÑI.

Que acabo de arruinar á mi hija, porque esa donacion de que te hablé hace poco...

FUMICHON.

La has firmado?

SOLIÑI.

Sí, amigo mio.

FUMICHON.

Privarla así de todos tus bienes!

ESTELA.

Qué importa, si vos me amarais siempre!

FUMICHON.

No, por vida!.. eso no basta... y cualquiera que sea la persona á quien haya sido hecha semejante donacion, no debe aceptarla, es imposible que la acepte.

ESCENA XIII.

Los mismos, RENAUD.

RENAUD.

El correo que acaba de llegar en este momento ha traido la respuesta. El joven, estasiado de placer y de admiracion, despues de anunciar á todo el regimiento que le daria una espléndida comida mañana, se puso á escribir esta carta para vos, gritando como un desesperado, «Decid á mi padrino que le doy mil gracias, y que iré á abrazarle cuando salga de la prision.»

FUMICHON.

De la prision! Es mi hijo Enrique sin duda.

SOLIÑI.

El mismo.

FUMICHON.

Oh! la eleccion no podia ser mejor, pero no creo que haya aceptado.

SOLIÑI.

Sí tal, mira. *(Mostrándole el acta.)*

FUMICHON.

Con todo, mi hijo Enrique es menor de edad y por lo tanto nada debe aceptar sin mi firma. *(Rompiendo el acta.)* Yo rehuso la donacion.

SOLIÑI.

Qué has hecho?

FUMICHON.

Un acto de justicia y la felicidad de tus hijos. *(Señalando á Estela y Raimundo.)*

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO ACTO.